

TARIQ ALI
OLIVER STONE

LA HISTORIA
OCULTA DE
LOS ESTADOS UNIDOS



Índice

Portada

Índice

PREFACIO

1. DE LA REVOLUCIÓN RUSA A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

2. EL ORDEN POSTERIOR A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

3. LA UNIÓN SOVIÉTICA Y SUS ESTADOS SATÉLITE

4. ¿PAX AMERICANA?

5. REPRESALIA

6. LA VENGANZA DE LA HISTORIA

Créditos

PREFACIO

A principios de 2009 recibí una llamada telefónica desde Paraguay. Era Oliver Stone. Había estado leyendo Piratas del Caribe: el eje de la esperanza, mi colección de ensayos sobre la cambiante política de Latinoamérica, y me preguntó si conocía su obra. Así era, en especial sus filmes políticos, en los cuales cuestionaba las fraudulentas crónicas sobre la guerra de Vietnam que habían ganado adeptos durante los años del cine de serie B de la presidencia de Reagan.

De hecho, Stone había combatido en esa guerra en un regimiento de infantería de marina estadounidense, lo cual dificultaba que los demás lo encasillaran como un pacifista remilgado. Muchos de sus detractores habían eludido el llamamiento a filas y ahora lo compensaban proclamando que se podría haber ganado la guerra si los políticos no hubiesen traicionado a los generales. Esto enfurecía a Stone, que detestaba las recetas simplistas que ahora se ofrecen sobre cualquier aspecto de las políticas nacional y exterior de Estados Unidos. En la versión original de Wall Street (1987), por ejemplo, había retratado los estrechos vínculos que existen entre el delito y el capitalismo financiero que en última instancia desembocó en la crisis de 2007.

La guerra de Vietnam desempeñó un importante papel a la hora de determinar la radical interpretación que realiza Stone de su propio país. Una de las escenas más sobrecogedoras de la película JFK, que dura casi diez minutos, pre-

senta a un dúo de bustos parlantes: Jim Garrison (Kevin Costner) y un alto mando del espionaje militar no identificado (Donald Sutherland) van paseando a orillas del río Potomac, en Washington, DC, discutiendo quién mató a Kennedy. El personaje que interpreta Sutherland relaciona la ejecución del presidente con su decisión de retirar a las tropas estadounidenses de Vietnam unos meses antes. Para mí es —junto con el retrato de unos oficiales franceses justificando tranquilamente la tortura en el clásico *La batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo, y la trama de la extrema derecha griega para asesinar al diputado de izquierdas Lambrakis en *Z*, de Costa-Gavras— una de las tres mejores escenas del cine político.

Un alud constante de detractores de izquierdas y derechas denunciaron esta escena de JFK en particular, tildándola de pura fantasía. No obstante, investigaciones posteriores, que incluyen la biografía recientemente publicada de McGeorge Bundy, uno de los principales halcones de la Administración de Kennedy, han corroborado de forma abrumadora su perspectiva. En efecto, Kennedy había decidido retirarse de Vietnam, sobre todo por consejo del ex general Douglas MacArthur, quien le dijo que era imposible ganar la guerra.

La negativa de Stone a aceptar las «verdades» de la clase dirigente es el aspecto más importante de su filmografía. Puede que se equivoque, pero siempre cuestiona las suposiciones imperiales. Por eso viajó a Paraguay, para hablar con el nuevo presidente del país, un obispo apartado del sacerdocio, partidario de la teoría de la liberación, que había conseguido derrocar en las urnas la larga dictadura de un único partido. Fernando Lugo había pasado a formar parte del nuevo paisaje bolivariano, que incluía al venezolano Hugo Chávez, al boliviano Evo Morales y al ecuato-

riano Rafael Correa, flanqueados por los Kirchner en Argentina y defendido, hasta su marcha, por el brasileño Lula.

Stone me preguntó si podíamos reunirnos para comentar su proyecto más ambicioso, una serie documental de doce horas titulada The Untold History of the United States [«La historia oculta de los Estados Unidos»]. Un mes después nos citamos en Los Ángeles y me explicó por qué consideraba que ese proyecto era tan necesario. En el país había una asombrosa falta de información sobre su pasado, aseguraba, por no hablar del resto del mundo. La menguante memoria de los ciudadanos estadounidenses no era un accidente. «Durante décadas, a los niños se les enseñan estupideces que les venden como módulos de historia o nada», me decía. Para él, esta historia televisiva era, en ciertos sentidos, su obra más importante, y presentaría una narración histórica de Estados Unidos y cómo se convirtió en un imperio. Grabamos entrevistas durante siete horas, con algunos descansos para el agua (bebiendo y orinando). Junto a él tenía algunos de mis libros, con muchos subrayados. Fue una experiencia estimulante, exenta de melancolía o sentimentalismo por parte de ambos. Stone tenía una labor que llevar a cabo, y se puso manos a la obra. El resultado, con cierta edición cosmética, es el libro que usted tiene en sus manos.

Hasta entonces había dado por sentado que la reciente gira de Stone por Sudamérica estaba motivada por Untold History, pero resultó que no era el caso. Enojado por los duros ataques contra los nuevos líderes por parte de las cadenas de televisión estadounidenses, así como de los medios impresos (The New York Times fue uno de los peores), Stone había decidido dar voz a los vilipendiados políticos electos. Pero él y sus productores, Robert Wilson y Fernando Sulichin, consideraban que el filme se había visto demasiado empantanado en el territorio de los medios estadou-

nidenses, y me pidieron que viese una versión preliminar. Era un trabajo bienintencionado pero confuso. Sencillamente no funcionaba. Habida cuenta del menosprecio que los enemigos probablemente mostrarían hacia la película, con independencia de su calidad, era mejor reducir el número de rehenes. ¿Podía ser rescatado?, quería saber Wilson. Propuse que se descartara la estructura existente. Asimismo, sugerí el valioso archivo y unas cuantas entrevistas que debían mantenerse y reincorporarse a una nueva versión.

En el nuevo comentario que me pidieron que escribiese me concentré en los puntos fuertes de las imágenes que Stone había recopilado durante su frenética gira de dos semanas. Esta película, en marcado contraste con la hipnotizadora Comandante, la entrevista de setenta y cinco minutos que Stone realizó a Fidel Castro y que fue estrenada en 2003, podía ser mucho más poderosa. El documental resultante fue Al sur de la frontera. La investigación y el texto iniciales fueron obra del coguionista y reeditados como una road movie política con una narrativa al uso. Un radical y legendario cineasta de Hollywood, furioso por lo que ve en la pantalla de televisión, decide subirse a un avión. Con un talento conmovedor y sencillo, el documental expone los cambios que se están produciendo en Sudamérica.

No pretende ser una visión analítica, distante y fría de unos líderes desesperados por zafarse de las garras del Gran Hermano del norte. La película se muestra receptiva con su causa, que es, en esencia, un grito de libertad, y las entrevistas con los siete presidentes electos constituyen su columna vertebral. Chávez ocupa un lugar más destacado porque fue el líder pionero de los radicales experimentos socialdemócratas que actualmente se están gestando en el continente, y su país posee grandes reservas de petróleo. «Si la película convence a la gente de que Chávez es un presidente elegido democráticamente y no el maligno dic-

tador retratado en buena parte de los medios occidentales», señalaba Stone, «habremos logrado nuestro objetivo».

En los tiempos que corren es mucho pedir, pero aun así merecía la pena intentarlo. Una de las críticas habituales de los gringos acerca del documental era que, en su voz en off, Stone ni siquiera sabe pronunciar el nombre de Chávez (dice Shaves). Curiosamente, esto apenas levanta ampollas en Latinoamérica. Una pronunciación errónea de un nombre es el menor de sus problemas. Todavía no he conocido a un gringo (amigo o enemigo) que sepa pronunciar adecuadamente mi nombre, pero ese no es motivo para tachar a la persona de intelectualmente pobre.

Entre los académicos latinoamericanos que trabajan en Estados Unidos detectamos otra visión de la película: que es demasiado sencilla. En este caso nos declaramos culpables. Nunca pretendió ser un panfleto o un debate. Stone conoce su país, sus ciudadanos y sus hábitos televisivos: Al sur de la frontera estaba concebida para que se planteasen ciertas preguntas. No es que Europa sea mucho mejor. La hostilidad hacia los líderes bolivarianos también es bastante universal en los medios europeos, con algunas excepciones parciales. Es extraño que un mundo que gime incesantemente por la democracia se haya vuelto tan hostil a cualquier intento por imponer la diversidad económica y política.

El difunto Rómulo Gallegos, un espléndido novelista venezolano, describía en 1935 la historia de su país como «un toro bravo, con los ojos tapados y una anilla en la nariz, conducido al matadero por un astuto asno». Ya no. Lo que impresionó a Stone fue que los taimados oligarcas del sistema bipartidista habían sido derrotados y el toro era libre. *The Untold History of The United States* —cuyo estreno está previsto para finales de 2011 o principios de 2012 en

Showtime— explicará largo y tendido por qué en su día se otorgó poder a los asnos.

Más de tres mil personas, en su mayoría pobres e indígenas, asistieron al estreno del filme en Cochabamba, Bolivia, y ovacionaron a su bando sin restricciones. «Sabían por instinto quiénes eran los malos», me decía Stone en Nueva York. «No como aquí». The New York Times encargó a un gacetillero veterano de la era Reagan —un incondicional de las Contras en Nicaragua— que nos entrevistara. Quizá fue ojo por ojo: querían castigarnos por las incómodas referencias a «archivos impresos» aparecidas en el documental. A veces nos sentíamos como si nos estuviese interrogando un agente de la policía secreta durante la Guerra Fría tras un viaje a un país prohibido. El resultado fue un predecible trabajo de escritorzuelo.

¿Qué sucedió después? Mientras cenábamos en casa de Stone con Sun-jung, su compañera coreana, su inteligente hija de catorce años (la verdadera inspiración de The Untold History) y Jacqueline Goddet, su batalladora madre francesa de ochenta y siete años, el director preguntó en broma si quedaba algún personaje potente que considerar para una película. «¿Lenin o Robespierre?», pregunté esperanzado. Stone se volvió hacia su madre, una incondicional y devota gaullista, que no podía creerse lo que estaba oyendo. «¿Robespierre?», repitió. «¡Asesino!» Eso jamás sería motivo suficiente para que Oliver no se embarcara en dicho proyecto. No se puede impedir que un viejo pecador lance la penúltima piedra.

TARIQ ALI

1

DE LA REVOLUCIÓN RUSA A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Oliver Stone: Siempre he querido conocerle, y me alegro de tenerle aquí en Los Ángeles y compartir este tiempo juntos. Es un auténtico placer, gracias.

Tariq Ali: El placer es mío.

Me gustaría ir directo al grano y preguntarle por una sólida tesis incluida en su libro Piratas del Caribe y relacionada con la Revolución Rusa. ¿Cuál fue su impacto en Estados Unidos y en el mundo?

Empecemos por la Primera Guerra Mundial, que probablemente fue el acontecimiento más importante del siglo xx, si bien no está reconocido como tal. Pensamos sobre todo en la Segunda Guerra Mundial y en Hitler, pero fue la Primera la que de repente causó la muerte de varios imperios. El Imperio Austro-Húngaro se desmoronó, así como el Otomano y la Rusia zarista. Y a raíz de esto surgieron el nacionalismo, el comunismo y movimientos revolucionarios de distinta índole. La Revolución Rusa probablemente no habría tenido lugar de ese modo de no haber sido por la Primera Guerra Mundial, que hizo pedazos a las viejas clases

gobernantes y puso fin al viejo orden. En febrero de 1917 la guerra iba mal. Rusia está viviendo una revolución y el zar ha sido derrocado. Y, casualmente, en febrero de 1917, los líderes de Estados Unidos deciden que van a entrar en el conflicto. Ello supone una ruptura total con el aislacionismo y, pensando que Europa está cambiando y que posiblemente dichos cambios podrían amenazarlos —los bolcheviques están tomando el poder—, tienen que intervenir en esa guerra y solucionarla. Y, de repente, Estados Unidos despierta. Tenemos que combatir contra los alemanes. Quieren derrotarlos. Y Estados Unidos entra en guerra.

Por tanto, la Primera Guerra Mundial es el acontecimiento que aleja a Estados Unidos de esta zona del mundo, Norteamérica, y lo lleva a Europa para situarlo en el escenario mundial. Todo ello sentó las bases de los grandes enfrentamientos que presenciamos en el siglo xx. Porque la Revolución Rusa tuvo un enorme impacto. No solo había derrocado a la monarquía. Al fin y al cabo, eso había ocurrido en las revoluciones francesa e inglesa con anterioridad. No era nada nuevo. Y la Revolución Americana había decidido deshacerse por completo de la aristocracia y los monarcas. Pero lo que trajo la Revolución Rusa fue la esperanza, la sensación de que el mundo podía mejorar y poner a los oprimidos, a los desdichados de la Tierra, en un pedestal. Ese era el objetivo, esa era la esperanza. Y durante veinte o treinta años, esa esperanza pervivió. La gente no se dio cuenta hasta mucho más tarde de que no había funcionado, de que la situación rusa entrañaba muchos problemas propios. Pero la mera idea de que el movimiento de la clase obrera del mundo iba a ser ensalzado tuvo un gran efecto en todas partes, incluido Estados Unidos. No solo en los gobernantes y en las empresas, sino en el movimiento de los trabajadores.

Creo que no debemos olvidar que Estados Unidos tenía una sólida tradición de militancia obrera. Estaban los Wobblies, o Industrial Workers of the World, que unieron a todos los trabajadores inmigrantes en un gran sindicato. El wobbly Joe Hill solía coger las canciones del Ejército de Salvación y les daba la vuelta: «Habrá un pastel en el cielo cuando mueras». Y todas estas canciones insuflaron vida y unieron al movimiento obrero en Estados Unidos, gente de diferentes partes de Europa que ni siquiera hablaba los mismos idiomas. Alemanes, ingleses, noruegos y suecos formaron una sola familia.

Y había mucha represión. La gente rara vez habla de ello, pero existía mucha represión por parte de las empresas de Estados Unidos contra la clase trabajadora en los años veinte y treinta. Y creo que esa represión desempeñó un importante papel a la hora de impedir la aparición, por así decirlo, de una estructura más socialista, de partidos obreros, en Estados Unidos. La política quedó estancada en lo alto. De modo que el impacto de la Revolución Rusa fue sumamente profundo y no podemos ignorarlo.

¿Diría que Estados Unidos participó decisivamente en la Primera Guerra Mundial a causa de la Revolución Rusa o habría ocurrido de todos modos? Si los rusos se hubieran retirado de la guerra, Gran Bretaña y Francia quizá habrían sido aplastadas por el ejército alemán en ese momento.

Bien, creo que fue una combinación. Que los bolcheviques aumentaran la demanda de tierra, pan y paz. No iban a luchar en esa guerra. Y no cabe duda de que los alemanes habrían derrotado a los franceses.

¿No cabe duda?

Y a los británicos. Es indudable que si Estados Unidos no hubiera participado, los alemanes se habrían llevado una tremenda victoria. Pero eso en sí mismo no habría preocupado necesariamente a Estados Unidos. A fin de cuentas, podrían haber negociado con los alemanes como gran potencia europea. Pero creo que probablemente pensaban que debían intervenir para defender intereses estadounidenses presentes y futuros en el mundo antes de la Primera Guerra Mundial. El interés de Estados Unidos radicaba sobre todo en su territorio y en Sudamérica, a la que conocía como su «patio trasero».

Al parecer, Estados Unidos prestó bastante dinero a Gran Bretaña para la Primera Guerra Mundial. Las garantías ascendían a varios miles de millones de dólares de la época, según tengo entendido. No se habrían devuelto si Alemania hubiese ganado la guerra. ¿Se habría llegado a un acuerdo con Alemania?

Creo que había maneras de llegar a un acuerdo, pero la Revolución Rusa debía de pesar en muchas mentes. Como presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson pensaba que debía idear una alternativa. Y su alternativa fue la independencia nacional, la autodeterminación, pero también el Tratado de Versalles. De modo que fue Wilson quien lo puso en práctica, y el castigo a Alemania fue directamente responsable del auge del fascismo. Creo que no hay dos versiones al respecto. El trato que recibieron los alemanes dio lugar a un violento movimiento nacional en el país que más tarde se convertiría en el Tercer Reich. La propaganda temprana de los nazis recalcaba que a los alemanes se los

había tratado con mano dura, que el pueblo alemán estaba siendo castigado, al igual que la raza alemana, y que eran los estadounidenses, los plutócratas judíos de Nueva York y sus amigos de Alemania quienes se estaban uniendo contra ellos.

Esto es decisivo. Si el Tratado de Versalles hubiese sido más justo, o supongamos que Estados Unidos hubiese hecho en Europa tras la Primera Guerra Mundial lo que hizo después de la Segunda, esto es, decir que estaban totalmente dispuestos a hacer negocios con ellos y ayudarles a recuperarse, quién sabe qué habría ocurrido.

Y si el Tratado de Versalles fue uno de los elementos que contribuyeron al ascenso al poder de los nazis, el otro fue, sin duda alguna, el temor al bolchevismo. Las decisiones que tomaron las grandes empresas alemanas y un amplio sector de la aristocracia, que, si bien no suele reconocerse, respaldó a Hitler y lo llevó al poder, obedecieron a su miedo a que, de no unirse a Hitler, estallara una revolución en Alemania. «Mirad qué han hecho en Rusia, nos hundirán. Será mejor que vayamos con este tipo que nos salvará de los bolcheviques.» El efecto de la Revolución Rusa fue un enorme auge del movimiento obrero alemán. En él se produjo una división entre un ala pro bolchevique y otra socialdemócrata mas tradicional. Y si observamos toda la propaganda de los nacionalistas y fascistas alemanes, la amenaza siempre se presentaba como una conspiración judía bolchevique. Así que los judíos desempeñaron dos papeles: o bien eran plutócratas o bien eran bolcheviques. Los panfletos, la literatura, trataba de la lucha alemana contra la conspiración judía bolchevique y ello condujo directamente a la Segunda Guerra Mundial.

¿Hasta cierto punto, Hitler no era popular en Inglaterra? ¿Y no lo era Mussolini en Estados Unidos? El Bank of England y el Bank of International Settlements parecían respaldar a Hitler.

Desde luego. El otro día estaba leyendo la primera biografía de Mussolini, publicada en Gran Bretaña en 1926. La introducción era obra del embajador de Estados Unidos en Italia, que escribía que Mussolini era uno de los más grandes dirigentes que Europa hubiera dado y que era el camino hacia el futuro, sobre todo porque era considerado un bastión contra el bolchevismo y la revolución, lo mismo que Hitler. Winston Churchill adoraba a Mussolini. Y en esa biografía encontramos citas de Churchill diciendo que Mussolini es una figura muy importante, que lo apoya y que es necesario. Churchill siempre acostumbraba a explicar las cosas con detalle. Si hay que mantener bajo control a las hordas bolcheviques, necesitamos a gente como Benito Mussolini. Y más adelante, durante la Segunda Guerra Mundial, Mussolini restregó a la cara de Churchill esas citas, aduciendo que hubo una época en que le caía bien al líder de los británicos. ¿Qué ha ocurrido? Y lo mismo con Hitler. En el seno de la clase gobernante británica había un fuerte elemento que quería pactar con Hitler. Antes de abdicar, el rey británico Eduardo VIII era un admirador manifiesto de los nazis, y cuando dejó el trono llamó a Hitler. Existen fotografías de él y su esposa visitando al *Führer*. El motivo fue el mismo. Decían que el principal enemigo al que todos hacían frente eran el bolchevismo y la Revolución Rusa. Por tanto, cualquier cosa que los mantuviera bajo control resultaba de utilidad.

Los apaciguadores británicos, como vinieron en llamarse, eran políticos de extrema derecha, pero no irracionales. Decían que si podía ponerse a Hitler en contra de los rusos

sería excelente. Querían utilizarlo para arrasar la Unión Soviética y luego podrían hablar. Pero no se dieron cuenta de que, si eso hubiera ocurrido, la Unión Soviética podría haber caído pero habría otorgado tanto poder a Hitler que habría conquistado Europa de la noche a la mañana.

Si se fija en Francia, cuando entraron los nazis —las imágenes de Hitler en el momento en que llegó a Francia después de la ocupación están disponibles— vemos a multitudes entusiasmadas saludándolo en algunas regiones. De Gaulle y los comunistas tardaron algunos años en ponerse en marcha e iniciar la resistencia. Pero el antisemitismo tradicional de los franceses —y su nacionalismo— fue la base del régimen de Vichy, así como la colaboración con Hitler, que buena parte de Francia aceptó de buen grado. Esto es algo de lo que no se habla demasiado pero que es muy importante entender.

Usted ha escrito sobre la derrota de la Revolución Rusa, no solo sobre los quince o dieciséis ejércitos que llevaron a cabo la invasión, sino sobre el cambio que se produjo cuando Stalin subió al poder y cómo afectó a la clase trabajadora.

Lo que ocurrió en la Unión Soviética es que la revolución estaba aislada. Y la historia de todas las revoluciones es que, cuando se producen, se da un concierto de las potencias contra ellas. Los franceses se encontraron con lo mismo. La Revolución Americana tuvo problemas similares con los británicos. Una vez que la Revolución Francesa derrocó a la monarquía y se instauró la república, todos los monarcas de Europa lo consideraron una amenaza. Temblaban de miedo. Así que los prusianos, los rusos, los ingleses y los austríacos intentaron crear una coalición reaccionaria para rodear y derrotar a la Revolución Francesa. Y a la cabeza se